





LOS CUENTOS  
JAMÁS CONTADOS



Clara Bezos

LOS CUENTOS  
JAMÁS CONTADOS



Primera edición: mayo de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Clara Bezos

ISBN: 978-84-19340-22-1

ISBN digital: 978-84-19340-23-8

Depósito legal: M-12989-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Arthur, por supuesto.*



## Índice

Prólogo .....	11
Introducción .....	21
Crónicas de un gato con siete vidas .....	25
Miracle .....	35
Catalina .....	43
La casa de la calle Clark.....	45
Rayo de luna.....	57
El chico de los miércoles .....	59
El bañador.....	73
La profecía.....	79
Una receta especial.....	83
La llave.....	91
Antes .....	133
El dios de las pinturas .....	135
Zeit .....	137
Agradecimientos.....	143



## Prólogo

De repente, un día, así porque sí, me dijeron que, a partir de aquel momento, un autobús propiedad del instituto vendría a recoger a cada alumno a la puerta de su casa, sin que importase si vive lejos o cerca, para luego ir a una cafetería a desayunar y al final llevarnos al instituto. «Para qué, si ya podemos desayunar perfectamente en nuestras casas a nuestro aire», pensé. No entendía demasiado bien por qué lo querrían hacer y qué objetivo tendría todo aquello. Y lo peor de aquella situación era que tendríamos que estar en nuestro portal a las siete de la mañana para esperar al autobús y pagar la comida de la cafetería con nuestro propio dinero.

Me parecía algo muy absurdo e innecesario, pero, aun así, al día siguiente, muy obediente yo, puse la alarma a las seis para que me diera tiempo a despertarme, a vestirme y a prepararme. Sin embargo, como no estaba acostumbrada a levantarme a esas horas de la madrugada, no me di cuenta de que había sonado mi alarma y, finalmente, me desperté a las siete menos diez. Me quité a la velocidad de un rayo mi pijama de *Star Wars* y me puse la ropa que me había preparado el día anterior: una chaqueta gris con un balón de baloncesto en la esquina derecha, una camiseta blanca, roja y rosa y un pantalón vaquero azul claro. Bajé por las escaleras casi corriendo, tratando de no tropezarme, y llegué al portal justo a las siete, cuando el autobús había llegado.

El suelo se sentía frío, húmedo e incómodo y, para mi desgracia, me di cuenta de que por las prisas había bajado en calcetines. Le pedí al conductor del autobús que esperara unos minutos. Él acep-

tó con un gesto de mala gana, pero, después de subir a ponerme mis zapatos, ya se había marchado sin mí. «Bueno, pues tendré que buscar dónde está e ir andando yo misma a la dichosa cafetería».

Comencé a andar bajo un gélido viento de mañana y, por alguna razón que desconozco, a pesar de que nunca había ido antes a aquel bar, conocía el camino perfectamente, como si lo hubiese frecuentado ya varias veces. Había una especie de fuerza invisible que me guiaba. Después de estar un rato caminando por la calle, empecé a subir por unas escaleras de piedra que estaban al lado de un parque lleno de niños jugando y hablando. Cosa extraña, pues no es normal que los pequeños jueguen tan temprano. El sol, a esas horas, comenzaba a salir y a despertarse y pude sentir como su luz cálida atravesaba los árboles y se posaba sobre mi cara, un sol que contrastaba con el viento frío de aquella mañana. «*Komorebi*», pensé. Término japonés que se utiliza para referirse a la luz solar que se filtra a través de las hojas de los árboles.

Al llegar al final de las escaleras, vi al fondo de la calle la cafetería que estaba buscando. No me habían dicho el nombre ni nada, pero de alguna manera algo en mi interior me dijo que ese era el sitio al que debía ir. La calle por la que tenía que pasar para llegar no era una calle cualquiera: estaba llena de arena y hacía como pequeños baches arriba y abajo, ondulaciones que se movían poco a poco, como si fueran arenas movedizas. Pasé con cierta dificultad, pero, después de unos minutos intentando no hundirme y metiéndose la incómoda arena en mis zapatos, llegué a la entrada. Me percaté de que el autobús no se encontraba fuera, por lo que, una de dos, o el autobús ya había llegado hacía un rato y se había ido o fui muy rápida y aún no estaban allí. La segunda opción la consideré bastante improbable, pero de todas maneras decidí entrar a ver si veía a alguien de mi clase. El picaporte de madera estaba algo viejo y la puerta, del mismo material, chirrió un poco.

Al entrar, me di cuenta de que aquello no era un bar, sino una librería, pero no una cualquiera. La habitación debía de medir unos diez metros de altura como mínimo y los libros, de alrededor de

un metro de alto, estaban colocados cuidadosamente en estanterías colosales repartidas por las paredes. Un olor delicioso a libro recién comprado y a café caliente me envolvió. Me quedé anonadada unos instantes, asombrada por lo precioso y lo mágico que me resultaba aquel lugar, como si estuviese dentro de una película o de un cuento de hadas. Me asombró como desde fuera se veía un sitio bastante corriente, pequeño, aunque en realidad fuera tan grande como una biblioteca nacional. Tenía forma de ocho, con un círculo más grande que el otro, y la puerta por la que había entrado estaba situada en el costado del más pequeño.

Después de haberme quedado unos segundos mirando hacia las estanterías más altas, maravillada ante lo utópico que resultaba todo aquello, bajé mi mirada y vi al fondo de la sala a un hombre recogiendo mesas, sillas y un bufé que tenía ahí montado. Supuse que ese lugar no era una cafetería de verdad y que ese hombre había montado todo aquello para que mi clase y yo desayunásemos y luego nos fuéramos. Me acordé de por qué estaba allí y, al verle recogiendo las cosas y al no ver a ningún compañero, lo primero que se me pasó por la cabeza fue irme de allí rápido para llegar a tiempo al instituto. Teniendo en cuenta que me estaban rugiendo las tripas como un par de leones feroces, antes decidí coger algo del bufé y marcharme. A pesar de que ya estaba casi todo recogido, todavía quedaban en pie algunos puestos, de los que cogí varios bollos rellenos de chocolate. Me dirigí hacia la puerta con un paso firme y marcado mientras mi paladar saboreaba uno de esos deliciosos dulces y, cuando estaba a punto de agarrar el picaporte para largarme, oí una voz lejana que venía de detrás de mí.

—¡Espera, espera! ¡No te vayas!

Me di la vuelta y vi al hombre acercándose a mí. Llevaba una especie de chaqueta muy elegante negra y de manga larga, con unos botones dorados, brillantes y relucientes como la pirita. También llevaba un pantalón de pana del mismo color que la chaqueta y unos zapatos marrón oscuro de cuero muy bien cuidados que tenían pinta de haber costado bastante dinero. Tenía el pelo algo lar-

go, ligeramente peinado hacia atrás, algo ondulado y encrespado, y de color negro, que hacía juego con el conjunto. Este le llegaba un poco más arriba de sus hombros. No tenía ni una sola imperfección en la cara, ni granos ni manchas ni pecas; parecía que hubiese sido esculpida minuciosamente por un artista. Se le veía joven, debía de tener entre veinte y veinticinco años. A pesar de que no era muy alto, poseía un físico corpulento. Enganchada en su chaqueta, a la derecha, tenía una placa con un nombre escrito: «Arthur». «Debe de ser el dueño de la librería». Parecía alguien amable y la forma en la que se acercó con pasos suaves me transmitió una sensación de seguridad hacia él. La verdad es que no estaba nada mal.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —le pregunté en un tono arisco.

En el fondo no quería haberle hablado en ese tono, pero llegaba tarde al instituto y como no llegara a tiempo, me pondrían una falta, un parte o un castigo por el estilo. Puso cara de haberse desanimado por mi contestación. Me dio algo de pena, pero en ese momento tenía que irme y no estaba para tener una charla.

—No..., nada. Ya se me ha olvidado —me respondió, bajando la cabeza. Le miré con cara de pocos amigos y me fui.

Salí corriendo, camino del instituto. ¿Qué me habría querido decir?, me pregunté. No entendía qué me podría querer decir una persona a la que nunca había visto antes. ¿Se me habría caído algo del bolsillo y me lo quería dar? Si ese hubiera sido el caso, creo que me lo hubiera dado a pesar de mi borde contestación. ¿Quizás ya no se podía coger nada del bufé? Puede que sí.

Mientras bajaba por las escaleras por las que había llegado y me sumergía en mis pensamientos, miré a mi alrededor y me di cuenta de que algo no andaba bien. En el parque lleno de niños, los árboles estaban desapareciendo, desvaneciéndose poco a poco, y los pequeños tenían la cara descolocada, de una manera un tanto grotesca. Era difícil de describir: en sus caras se cambiaban de lugar la frente, las mejillas o la nariz varias veces durante el mismo segundo. Una fina capa de suciedad posada sobre las escaleras estaba levantándose, ignorando por completo las leyes de la gravedad.

De repente, los pequeños me miraron todos a la vez y empezaron a insultarme. Al ser niños, los insultos no eran demasiado graves; «tonta», «estúpida», «idiota» eran algunos de ellos. Sin que me diera tiempo a pensar qué era lo que podría estar pasando y por qué, todo se quedó en silencio durante unos segundos: los insultos y las risas cesaron; los coches y las motos, procedentes de la carretera, se callaron; el murmullo provocado por las pisadas de la gente de la calle paró. Pasados unos segundos de silencio, hubo un estallido, como si hubiese explotado una bomba muy cerca, que me dejó inconsciente.

Al recobrar el sentido, me encontré tumbada sobre un suelo húmedo y lleno de tierra, en un bosque frondoso, tan denso que, a pesar de que era de día, al mirar a mi alrededor todo se veía oscuro. Los árboles estaban quietos y escondían al sol detrás de sus ramas y hojas. Me toqué la frente con la palma de la mano, me sentía algo mareada por la conmoción. Me levanté del suelo, aturdida. Miré a mi alrededor desconcertada: no tenía ni idea de dónde estaba.

Antes de que me diera tiempo a razonar qué clase de fenómeno había tenido lugar en ese último minuto y cómo podía salir de allí, el suelo empezó a temblar. Al principio casi ni se notaba, al ser un temblor leve, pero poco a poco iba en aumento. Lo primero que pensé fue que era un terremoto, pero unos segundos después descarté esa idea, ya que el posible sismo hacía ¡pum!, ¡pum!, como si fueran las pisadas de un animal de desmesurado tamaño. Entonces, a lo lejos, entre la maleza, distinguí a un ser de tamaño colosal corriendo hacia mí que iba arrasando a la vez varios árboles.

Era un dragón con el aspecto que suelen describir en los cuentos de hadas: grande, verde, que echaba de forma feroz humo por los poros de la nariz y fuego ardiente por la boca. Me giré y corrí lo más rápido que mis piernas me permitieron, procurando no caerme con ninguna roca ni chocarme contra ningún árbol. Llegué hasta una zona donde había menos árboles y bajé por una pequeña colina. Pude ver que en el borde había una cueva pequeña. Decidí esconderme ahí dentro. Apoyé mi espalda en una de sus paredes

sucias e incómodas y me quedé en el mayor de los silencios para que el dragón no supiera dónde estaba. Pude ver como pasaba de largo, sin ni siquiera darse cuenta de la existencia de esa gruta.

Sentía que el corazón iba a estallarme y mi respiración era entrecortada y nerviosa, así que me senté sobre el suelo frío de aquel lugar para descansar. Suspiré aliviada, pensando que el peligro ya se habría acabado, hasta que escuché un ruido proveniente del fondo de la cueva. Como una pisada. En vez de salir corriendo para buscar otro sitio donde esconderme y pensando que quizás habría otro dragón ahí dentro o una criatura peligrosa, la fuerza de la curiosidad me ganó y decidí adentrarme para saber qué había causado aquel sonido. Caminé poco a poco hacia el fondo, palpando las paredes para no caerme, y pude distinguir a través de la penumbra una silueta humana, aunque no lo podría haber asegurado firmemente por culpa de la lobreguez que invadía la caverna. Poco a poco, mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y logré reconocer a la persona que se encontraba junto a mí. Se trataba de aquel hombre con el que me había encontrado en esa librería, con la misma ropa y con el mismo aspecto que antes. Me pareció curioso como alguien con una apariencia tan bien cuidada la siga manteniendo impecable en un lugar tan descuidado y sucio. Cuando se percató de que yo me encontraba allí, me miró fijamente a los ojos. Tenía unos ojos negro azabache muy profundos y, en cierto modo, hipnóticos. No me había fijado hasta ese momento en ellos.

—Bienvenida —empezó a decir— a la cueva de los cuentos jamás contados.

Yo no entendía nada de lo que estaba pasando y, sin tener demasiado en cuenta sus palabras, le dije:

—Oye, mira, yo, después de salir de tu librería, cafetería o lo que fuese aquello, estaba pasando por un parque y de repente me he visto transportada a un bosque, con un dragón persiguiéndome y sin entender nada de lo que ocurría.

—Has sido transportada al país de los cuentos, un lugar donde todas las historias de los libros de hadas suceden, donde todos

los seres de las fábulas viven y donde la magia más inimaginable existe.

—Pero... —empecé a preguntar, extrañada por toda esa situación y con la mente más llena de dudas que de respuestas— ¿tú qué haces en este mundo? Para empezar, ¿qué hago yo en este mundo? ¿Acaso es que también te has visto teletransportado aquí? Y, si te ha pasado eso, ¿cómo es que conoces el nombre de este lugar? ¿Eres parte de algún cuento? Y, si lo eres, ¿qué haces aquí dentro?

Arthur bajó la cabeza y miró al suelo, con un aire melancólico.

—Como bien te he explicado antes, esta es la cueva de los cuentos jamás contados, un lugar olvidado y postergado, habitado por personas como yo que, o bien sus cuentos nunca han sido leídos, o bien sus cuentos nunca han sido escritos. A unas les pasa esto porque la gente no quiere escuchar sus relatos, ya que no le parecen interesantes. Y a las otras porque sienten que, si escriben sus historias, la gente va a decir que no son dignas de leer. Ambos son mi caso. Después de intentar publicar algunos libros, la gente los rechazó e ignoró mi esfuerzo. Nunca he tenido muchos amigos y casi no me queda familia, así que nadie estuvo dispuesto a leerlos. No volví a escribir ninguno más, temiendo que las personas se desentendieran de ellos sin ni siquiera haberles dado una oportunidad, sin entender la magia que se esconde en cada uno de estos, sin comprender lo que un libro te puede mostrar y hacer sentir; desde miedo por un cuento de terror hasta emoción por una muerte o por un reencuentro. Hoy en día, queda más bien poca gente que lea, y no entiendo el porqué —Arthur cerró los puños—. Como si de una pieza de música se tratase, los libros te envuelven y te hacen disfrutar de cada nota, cada palabra, guiándote por mundos que jamás podrás ver en la televisión o en la vida real, ya que, en los libros, estos están creados gracias a la imaginación de cada lector y de cómo interpretan lo descrito. El mundo de los libros es como un palacio lleno de puertas. Cuando abres una puerta que te lleva a una habitación hermosa y descubres que allí dentro

hay muchas más, acabas recorriéndote todo o casi todo el castillo, descubriendo habitaciones iguales o aún más preciosas, cada una con muchas más puertas. El problema es que aún hay mucha gente que no lo llega a comprender bien y, por ende, hay algunos cuentos que jamás llegan a ser contados o a ser escritos. Y aquí estamos toda la eternidad, hasta que encontramos a alguien que quiera leer nuestros relatos o hasta que alguien nos encuentra para ayudarnos. Me gustaría poder salir de aquí, de la cueva de los cuentos jamás contados. Pero alguien tendría que mostrar por lo menos algo de interés en mis historias y, estando aquí, no soy capaz de mostrarlas —hizo una breve pausa para respirar. Dejó de mirarme fijamente a los ojos y bajó la vista—. Yo... siempre había observado que sentías pasión por leer y que te gustaba ayudar a la gente. Me fijé en lo maravillada que te quedaste al ver mi librería. Así que pensé que...

—Te ayudaré —le interrumpí en la mitad de la frase, después de haber estado en absoluto silencio mientras él hablaba, escuchando con detenimiento cada palabra que me decía—. Te prometo que escribiré todas tus historias que se hayan quedado en el olvido, compondré un libro con ellas y lo publicaré, para que así yo pueda leerlos cuando quiera y para que otra gente también lo haga. Te prometo que contaré tu historia, para que la gente sepa de ti, para que la gente sepa quién eres, para que puedas salir de aquí y vivir feliz fuera, en el país de los cuentos. Te lo prometo.

En aquel momento, no sabía muy bien cómo lograría que alguien leyera sus cuentos. No lo entendía en ese instante, pero sentía que una gran barrera separaba a Arthur de mí, que ambos pertenecíamos a mundos diferentes, y sabía que en el mío podría lograr que muchas personas leyeran sus cuentos. Tenía una corazonada de que la gente en mi parte del mundo podría prestarles algo de atención. Era una sensación extraña, pero la intuición me gritaba que así sería.

Cuando terminé de hablar, Arthur levantó la vista y me miró de forma directa a los ojos. Una pequeña sonrisa cohibida, pero dulce y feliz, se le dibujó en la cara, mientras los ojos le empezaron

a destellar, tanto que incluso en la oscuridad de aquel sitio se podía ver su brillo. Avanzó unos pocos pasos hacia delante, para acercarse a mí, y de sus labios salió una única palabra, pero dicha de una manera tan profunda y sincera que me emocionó.

—Gracias.

Y me desperté.



## Introducción

Lo más normal es que la introducción vaya antes del prólogo, pero, teniendo en cuenta que voy a estar comentándolo aquí, pues lo pongo ahora. Parece que es una historia que yo misma me he inventado y que lo que cuento es solo una excusa para escribir este libro, pero en verdad soñé con todo aquello, con algunas diferencias, claro está. Una de ellas es que, ya después de lo de la cueva, de repente aparecíamos Arthur y yo en su librería y nos poníamos a ver libros y a hablar y que él no tenía su nombre en una placa, sino que, en cierto momento en el que estaba hablando con él, le llamaba por su nombre y él me contestaba, como si le conociese de toda la vida. Me parece muy curioso el hecho de que, de todas las personas con las que he soñado, Arthur ha sido el único que se ha encargado de darse un nombre a sí mismo en el sueño. También me parece curioso que el sueño de Arthur es uno de los pocos sueños que no he apuntado justo después de despertarme y que aún lo recuerdo como si fuese ayer. Lo escribí unos cinco meses después. Los diálogos no son exactamente los mismos porque no me acuerdo de ellos de una manera tan precisa, pero he intentado recrearlos como mejor he podido. A pesar de eso, aún me acuerdo de forma muy viva cómo Arthur me decía las palabras: «Bienvenida a la cueva de los cuentos jamás contados».

He de confesar que, en mi opinión, lo más interesante del libro es el prólogo, o que por lo menos es lo más importante para mí. No quiero desarrollar mucho esto, porque prefiero dejarlo para los agradecimientos. Me gusta más el motivo por el que he escrito los

cuentos que los cuentos en sí, aunque he disfrutado escribiéndolos al mismo nivel que he disfrutado escribiendo el prólogo. Incluso hay algunos que también están basados en sueños que he tenido; puede sonar raro, pero los sueños me los suelo tomar muy en serio. De nuevo, no quiero desarrollar esto a fondo. Lo he dejado para los agradecimientos.

En pocas palabras, este libro es una recopilación de la mayoría de cuentos que he escrito a lo largo de mi vida. He incluido una selección de los más interesantes de los que escribí cuando era pequeña, reelaborándolos y retocándolos para que no se viesen tan mal escritos, así como otros que he escrito específicamente para este libro. Aun así, hay algunos cuentos más infantiles y otros más adultos; se nota la diferencia entre mis dos épocas escribiendo. Pero me hacía ilusión mantener también esa etapa, aunque fuera un poco más pueril, junto con los cuentos nuevos, que comencé a escribir a principios de 2018, unos meses después de aquel sueño de Arthur.

Me ha costado muchísimo escribir los relatos nuevos. Cuando se me ocurre alguna idea genial, no la escribo. Intento unirla a la historia grande que tengo planeada escribir en un futuro, juntar varias ideas que me hayan gustado para que sea un libro un poco más completo. Y, cuando no puedo unirla, también me gusta guardarla para más adelante, para ir la mejorando poco a poco y así, al final, escribirla de manera que esté satisfecha con el resultado y que tenga la sensación de que es una historia merecedora de un buen libro. Y si no me sale un buen libro, que por lo menos así los sienta. Me gusta ir planeando mis historias pasito a pasito y por eso también me ha costado un poco más añadir cuentos a este libro.

La verdad es que estoy bastante contenta con esto de haber escrito un libro, ya que de pequeña quería ser escritora. De hecho, escribí un pequeño libro de unas veinte páginas que me quedó un poco feúcho, y no por cómo estaba escrito, sino por la historia, que no tenía nada de sentido. Cuestión de opiniones y de evolución, pero ahora lo veo y siento que lo podría haber desarrollado muchí-

simo más y haberle dado un sentido más claro. Hoy la historia ha evolucionado un montón y cuenta con un mundo propio y con un villano que tiene un motivo razonable para ser malo. He añadido tantas cosas que ya daría para varios libros. Cuando ya por fin haya terminado de perfeccionar a los personajes, la historia de cada uno y el final, si Dios quiere y si no me da pereza, escribiré la historia.

Pero, de momento, me contento con este que he escrito ahora. Algunos relatos habrán salido mejor, otros habrán salido peor, pero me siento orgullosa de mi trabajo y haberlo escrito ha sido como cumplir un sueño. Claro, este es el primer libro que escribo en toda mi vida, así que no tengo intención de que sea perfecto. Después de todo, ahora solo tengo dieciséis años, no soy una gran escritora y me queda mucho por aprender sobre cómo escribir ficción. Y, cuando practique aún más mi escritura, me decidiré a construir una novela. Pero por lo menos estoy feliz de haber escrito este y ya llegará el momento de empezar con el siguiente.

He de confesar que, a pesar de que haya puesto al final trece relatos, sin incluir el del prólogo, tenía pensado veinte, más o menos. De hecho, la gran mayoría de los siete restantes estaban ya empezados y dos de ellos casi terminados, pero, por falta de tiempo y teniendo en cuenta que ya llevaba tres años queriendo escribir el libro, pensé que ya era hora de dejarlo así y publicarlo. Aparte de que la mayoría de los cuentos que he dejado fuera simplemente no eran tan de mi agrado como otros, aunque los tengo guardados por si algún día me entran las ganas de terminarlos y quizás preparar una segunda parte. De todas formas, creo que trece es un buen número. Si hace ocho años, que era cuando quería ser escritora, alguien me hubiera dicho que en un futuro iba a escribir un libro con trece relatos, no me lo hubiera creído.

Tengo poco más que decir. Espero que os guste leerlo como me ha gustado a mí escribirlo. Para mí ha sido algo muy importante y un empujón a querer escribir más.



## Crónicas de un gato con siete vidas

Érase una vez un gatito completamente negro como la más absoluta oscuridad, con ojos pardos ámbar y con garras fuertes y afiladas, con pelaje espeso y enredado. Con tan solo dos días y muerto de hambre y de miedo, lo encontró un niño de ocho años en un rincón de la calle, tiritando del frío y maullando de manera suave. El pequeño lo cogió y se lo llevó a su casa.

Aquel niño se llamaba Adrián y vivía en un barrio muy, muy pobre, en el que escaseaban alimentos. Tenía la suerte de tener una casa, pequeña, pero una casa, en la que vivía junto con sus padres, sus dos hermanas pequeñas, su abuela y su tío, hermano de su padre. Era demasiada gente para tener una boca más que alimentar. Adrián no dijo nada a su familia sobre el animalillo que acababa de recoger y lo escondió de ellos en su habitación.

La vida del gatito negro en aquella casa pobre no era tan mala, ya que el niño se encargaba de darle comida y le construyó una camita que guardaba detrás de su montón de ropa, con una manta y con un juguete para perros que encontró un día en un basurero. A veces pasaba un poco de hambre, a veces pasaba un poco de frío, pero, para el gatito negro, Adrián se había convertido en su madre y eso le era más que suficiente. «Qué rica sabe cualquier comida cuando se tiene hambre, cuánto cobija una manta fina cuando se tiene frío», hubiera pensado el gatito negro.

Sin embargo, mientras iba creciendo, la mascota iba desarrollando su maullar y en cuatro meses, para aquel silencioso y solitario pueblo, un simple «miau» era como el rugido de un feroz león.

Esto llevó a que la familia de Adrián descubriese el misterio que guardaba detrás de ese montón de ropa.

—¡Por Dios, hemos estado tanto tiempo con una boca más que alimentar! —decía la abuela.

—¡Por Dios, con lo poco que tenemos de comida, tenemos que cuidar a otro ser más! —decía el tío.

—¡Por Dios, Adrián, echa corriendo a esa máquina de comer a la calle! —decía el padre.

Total, que Adrián, con lágrimas en los ojos, le dijo adiós a su gatito negro. Cuando dejó al animal allí solo, el gatito no comprendió muy bien qué sucedía y siguió a su madre a casa. No contestó a la puerta y, cuando se hizo de noche, tuvo que marcharse a buscar comida y un sitio en el que cobijarse.

La vida del gatito negro en las calles de aquel pueblo pobre fue dura; pasaba frío y hambre. Nadie le daba de comer. Nadie le daba una manta. Una callejuela donde se amontonaban cubos de basura se convirtió en su casa.

Un mes después de dejarle y de una ardua búsqueda a escondidas de su familia, Adrián encontró su escondite. Desde aquel día, iba a visitar al gatito negro casi diariamente. Le llevó una camiseta y comida, a veces le ayudaba a encontrarla en la basura y otras veces iba allí a saludarle y a acariciarle. Así pasó otro mes el gatito negro en la calle, pero más seguro y más cómodo. Hasta que, cierta vez, Adrián no vino más. Le esperaba cada día, cada hora, cada minuto, cada segundo, pero su mami nunca llegó. Se sentía solo y desamparado. Solitario y triste. El más infortunado del demacrado barrio.

Un día, el gatito negro comenzó a andar. Y anduvo y anduvo y anduvo hasta llegar a la ciudad. La cantidad de gente que había en las calles le asustó en un principio y se ocultaba bajo las sombras de las esquinas de las calle para refugiarse del barullo o se metía asustadito debajo de los coches o se escondía en un callejón estrecho. Aullaba y lloraba desesperado. Le asustaba todo, le aterraba todo y echaba de menos a su mamá. Todo era nuevo para él; las

lucos y la cantidad de vistosos colores, el bullicio, el olor a comida de los restaurantes, la presencia de coches, el sonido de tacones al pisotear las baldosas, la amplitud de las calles, donde gente iba y venía pendiente cada uno de sus propios problemas.

Así, así, así, hasta que se fue acostumbrando y abriéndose más a la gente.

Estaba confuso por las diversas reacciones ante su presencia:

—Miss, miss, gatito —decía uno.

—No te acerques, los gatos negros dan mala suerte —decía otro.

—¡Ay, qué mono! Mamá, ¿lo podemos llevar a casa? Por favor... —decía una.

—Qué asco, deberían eliminar bichos callejeros como este —decía otra.

Gente se acercaba, otra se alejaba. Por lo menos había gente, no como en el pueblo pobre. Asustaba al principio, pero al final algunas personas le daban comida. Había un niño que le recordaba un poco a Adrián, pero más mayor y que olía a rosas, que le solía dar algún embutido. Cuando los probó por primera vez, fue como si el gatito hubiera descubierto su sentido de la vida. También había una pareja de ancianos que olían a tabaco y a melocotón y que dejaban latas de comida para gatos abiertas en sitios donde había muchos gatitos. El gatito negro comenzó a frecuentar esos lugares. Al principio, sus otros compañeros gatunos, al igual que la ciudad en general, le aterrorizaban. Pero después de un tiempo hizo amistades y se abrió a otros gatitos. Algunos eran apáticos y querían la comida para ellos solos, entre los que destacaba uno grande, de color naranja, que tenía una gigante cicatriz atravesándole el ojo izquierdo. Prefería no cruzarse con él. Pero otros gatitos, sobre todo más pequeños, como el gatito negro, congeniaban con él y jugaban de vez en cuando. Se sentía querido, como si le hubiesen dado una calurosa bienvenida, y ya no se sentía tan triste.

La vida del gatito negro en la ciudad fue más hermosa y placentera de lo que pudo imaginar. Estaba cómodo y seguro. Esa

sensación que tenía al ver a Adrián no la volvió a sentir, pero era feliz.

Un día de primavera, paseando de noche por la ciudad, el gatito negro dirigió su mirada hacia una ventana iluminada en un segundo piso. En el borde de la ventana, detrás del cristal, había una gatita blanca, de pelaje que parecía suave y abundante, con manchas marrones y naranjas en sus patas y con una mancha negra en el lado izquierdo de su cabeza. Sus ojos, esmeraldas brillantes, miraban hacia el horizonte y movía relajada su cola en su cómoda cama para gatos, lujosa y costosa. Desde el primer instante, el gatito negro se sintió atraído por aquella gatita. Se quedaba sentado en la acera mirando hacia la ventana; si estaba, de la emoción comenzaba a dar vueltas sobre sí mismo y procuraba llamar su atención. Si no estaba, se quedaba ahí quieto, iluso, esperando todo el día hasta que apareciera, como esperó en su tiempo a Adrián.

«Oh, Julieta, Julieta», habría dicho el gatito negro si hubiera sabido leer o si le hubiese tocado vivir una sola vida como humano. «¿Qué luz alumbra esa ventana? Es el Oriente, y Julieta, el sol. Sal, bello sol, y mata a la luna envidiosa, que está enferma y pálida de pena porque tú, que la sirves, eres más hermosa», hubiera pensado.

La vida del gatito negro, enamorado de la inalcanzable Julieta que estaba siempre en el balcón de las estrellas, transcurría así. Pero aquella Julieta no sentía ninguna indiferencia por sus apellidos opuestos, no sentía ardorosas pasiones por aquel gatito negro. Simplemente, nunca llegó a verlo. Si se hubiese percatado de su presencia, quizás este cuento sería sobre una bella historia de amor entre el gatito y la gatita. Pero nunca llegó a suceder.

El gatito comenzó a visitarla menos; la primavera se alejaba y el sol pegaba con fuerza, algo que le molestaba. Si ya la gatita blanca irradiaba suficiente luz de por sí para el gatito, la presencia del ardiente sol en las calles, que infundía con fervor el calor, era algo muy incómodo. Y vino el día en el que se cansó, llegando a la conclusión de que nunca alcanzaría el balcón de las estrellas.

Otro día, el gatito siguió andando, andando y andando, dejando

atrás la ciudad, con su bullicio y sus colores vibrantes. Había sido bonita su vida siendo un animal callejero de ciudad y su vida adorando a su Julieta, pero necesitaba moverse otra vez. Llegó a otro pueblo. No se parecía en nada a ese en el que había vivido durante sus dos primeros meses de vida. Estaba lleno de lujos, las casas eran grandes y espaciosas, las calles estaban repletas de árboles y las aceras eran impecables. Acostumbrado a su nueva vida de ciudad, el gatito esperaba que mucha gente se acercase, mucha gente se alejara y que conociera a nuevos gatitos. Pero no:

—¡No te acerques, los gatos negros dan mala suerte! —decía una.

—¡Estos animales callejeros acabarán por ensuciar nuestras calles! —decía otra.

—¡Cómo puede permitir el Ayuntamiento que haya cagadas de animales en nuestras calles! —decía otro.

Había algo de rechazo, como en la ciudad, pero en aquel pueblo no había aceptación alguna. Después de dos semanas así, pasando más hambre que nunca, ya que ni comida por el suelo había, el gatito negro eligió su nueva vocación en aquel lugar.

Decidió dedicarse a asustar a la gente.

La vida del gatito negro asustando a la gente era cómoda, aunque alguna vez se llevaba algún golpe. Se colocaba en las ventanas y se tumbaba a esperar a que los habitantes de la casa se dieran cuenta de su presencia y se asustaran y gritaran. Se revolcaba en la tierra y luego andaba ensuciando todas las verjas que podía. Si era posible, hacía sus necesidades en mitad de las calles más concurridas y limpias de aquel lugar.

A veces salía airoso, otras le tiraban piedras y cazuelas. En ocasiones, se encontraba con gente que no era supersticiosa y le daba comida, aunque el gatito negro cada vez se estaba volviendo más violento y ahuyentaba también a la gente que le intentaba acariciar.

Así, el gatito negro se paseaba por las calles cual león se pasea por la sabana, cual rey se pasea entre sus súbditos, imponiendo respeto y temor entre los pueblerinos. La gente odiaba encontrarse

con él; cada vez que lo hacían, se quejaban. Y así, el gatito negro se fue alejando de estar con la gente. Se volvió a acostumbrar a la supervivencia solitaria, consiguiendo comida por sus propios medios, algo que se volvió complicado, ya que las calles estaban impecables y limpias y era raro encontrar comida por allí o en cubos de basura a los que pudiese subir sin caerse en su interior. Vivía de cazar alguna rata de alcantarilla y de los pájaros.

Dio la casualidad de que, cierta vez, encontró un sitio donde los árboles rebosaban de nidos para pájaros y estaban pegados a la parte trasera de una casa enorme donde vivía un marido con su esposa. Divisando un día una buena presa que volaba hacia una rama con comida para sus retoños, trepó con rapidez por el tronco y subió a la rama en la que estaba el nido. Había ocurrido todo demasiado apresurado; el gatito sentía que estaba perdiendo el equilibrio y la ventana del segundo piso de la mansión estaba cerca y abierta. Era su salvación: preparó sus patitas para saltar, entró dentro de un dormitorio y se posó sobre la cama. Dio la casualidad de que, en ese momento, el marido estaba en la cama con su secretaria, que ambos gritaron del susto que se llevaron, que la esposa llegaba antes del trabajo y que, con el grito que escuchó a unos pocos metros de la verja, entró a la casa corriendo y subió las escaleras rápidamente para ver qué había pasado. El marido y su secretaria se las habrían ingeniado incluso si la esposa hubiera llegado antes del trabajo; hubieran oído las llaves y la secretaria se habría escondido en el armario o habría bajado por donde el gatito había escalado, como en las películas. Pero la reacción de la esposa fue tan rápida que a la muchacha no le dio tiempo ni de ponerse la ropa interior, y todo por el susto que el gatito les había causado. Fue la peor paliza que se llevó. Si el gatito negro pudiese formar frases en su cabeza, sin duda alguna habría pensado que ese día la esposa se enfadó más porque el gatito había dejado manchitas de barro en la sábana que por haber pillado a su marido *in fraganti*.

Un día, llegó una asociación de animales callejeros y se llevaron al gatito negro por la petición de los habitantes del pueblo rico.

Intentó resistirse; arañó, luchó y se comportó de la forma más violenta que se había comportado nunca, como si fuese un animal salvaje. Ante tal comportamiento, los de la asociación al principio se negaron a llevarlo a un sitio de adopción. Pero, poco a poco, el gatito negro se relajó y pasó el viaje muy tranquilo al ver que no intentaban atacarle, por lo que al final sí lo llevaron a un lugar de adopción de gatos. Los cuidadores observaron durante varios días su comportamiento y vieron que se comportaba de una manera normal y relajada, por lo que le dejaron allí. No se sentía inseguro o agredido y le dieron de comer nada más llegar.

La vida del gatito negro en aquel lugar era agobiante porque no podía hacer lo que quería, pero estaba alimentado y bien cuidado. Su flaqueza disminuyó y el pelaje lo tenía liso y suave. Las vacunas no le gustaban y había muchos gatos que le caían mal, pero estaba bien. No se llevaba ningún golpe y no tenía que llevar a cabo su dura profesión de asustar a la gente. Se había retirado de ese trabajo y se sentía como si fuese un jubilado. Le molestaban las medicinas, pero desde luego era mejor que ir por ahí fastidiando la vida de las personas. Estaba despreocupado y su jaulita era espaciosa. La tenía al lado de una ventana y parecía vivir en un balcón; en cierta manera, se sentía en el balcón de las estrellas, aunque con la sensación de que le faltaba algo. Añoraba a su Julieta y la mantita que le ponía Adrián. Echaba de menos la sensación de que alguien se preocupase por él o de que él se preocupase por alguien. Esperó paciente a que una estrella fugaz escuchase su deseo.

Un día, cuando se despertó, estaba dentro de una caja de cartón con un montón de agujeros. La caja subía y bajaba y el gatito estaba muy asustado. Comenzó a maullar, las pupilas se dilataron y empezó a arañar la caja, pero nada de eso funcionaba. El cartón era bastante grande, así que se arrinconó y esperó allí a ver a dónde le llevaban. Oía el motor de un coche, bullicio y pisadas, elementos que le recordaron a su vida en la ciudad. Con ese sonido de fondo, volvió a dormirse.

Al despertar, había una niña que se estaba asomando por la caja de cartón. Cogió al gatito negro cuidadosamente y lo sacó. Era

una muchacha que se parecía mucho a Adrián en la altura y en la inocencia de sus facciones. Tenía el pelo negro, largo, y era de tez blanca. Vestía un conjunto naranja y beis de algodón.

—¿Has pensando ya en el nombre de tu gatito, cielo?

—¡Se llamará Adrián! ¡Muchas gracias, mamá, papá!

La niña dejó al gatito en el suelo y corrió a abrazar a sus padres. La paleta de colores de aquella muchacha le recordó a su Julieta y el nombre de Adrián le recordó a su mami. Recordar a las dos personas que más había querido en el mundo le hizo relajarse. La niña, después del abrazo, volvió a coger al gatito. Aquella chica, que se llamaba Amelia, olía a rosas, como el chico que le daba embutidos en la ciudad, y el gatito comenzó a lamerle la mano.

La vida del gatito negro siendo la mascota de Amelia fue la mejor de todas. Se sentía querido, nunca pasó hambre, nunca pasó frío. Poco a poco, nuestro gatito negro se convirtió en gato. Después en gatazo. Y después en un gato viejo. Aquella niña se había convertido en una segunda madre. Siempre le cuidó, le atendió y estuvo junto a él cuando iban al veterinario por pura rutina o si le inyectaban algo. Y aquel gatito negro se había convertido para la muchacha en un hermano. Estaba junto a ella en momentos difíciles y tristes, en su primera ruptura amorosa, en su primer trabajo sencillo y cuando se independizó, cuando tenía exámenes y cuando su madre murió de cáncer, cuando su padre volvió a casarse y cuando sus amigas iban a su casa a jugar con Adrián, a pasar allí la noche o porque era un cumpleaños.

Cuando Amelia le adoptó, tenía un año y medio. Habían transcurrido trece años. El gato viejo tenía catorce años y medio. Su querida dueña tenía veintiún años y vivían en un piso al que se mudaron, un poco más pequeño que el anterior. Aquel lugar lo había elegido Adrián; mientras Amelia veía en su escritorio las posibles opciones para mudarse, Adrián se subió y posó su patita derecha en unas fotografías de un piso de colores pastel.

Cuanto más tiempo pasaba, a Adrián cada vez le pesaban más los ojos y sentía pocas ganas de comer. Andaba despacio y muy

torpemente y tropezaba de vez en cuando. Si antes dormía catorce horas al día, ahora nunca dormía menos de diecinueve horas diarias. Se escondía de su dueña, buscando un lugar aislado y tranquilo, esperando paciente a que sucediese lo que tuviese que suceder. Amelia se preocupaba y le llevaba al veterinario, pero siempre le respondía lo mismo. A ella le daba igual e iba a los veterinarios más caros de todo su país, pero siempre le respondían lo mismo.

Adrián cada vez estaba peor y su dueña tuvo que darle el triste destino que todos los médicos le habían recomendado. Se dirigió al veterinario más cercano de su casa.

Cuando este le inyectó al gato viejo la anestesia, Amelia rompió a llorar como nunca antes había llorado en su vida. Le dejaron acariciar a su compañero de vida mientras la inyección hacía efecto y Adrián poco a poco se fue durmiendo. Las cálidas lágrimas de su dueña resbalaban por sus mejillas y le caían encima, mojando su pelaje. Antes de dormirse por completo, pudo escuchar a su compañera, la que había sido una segunda madre para él, hablar de manera entrecortada y con una respiración agitada.

—Adrián, esto no es el final, ¿lo sabes, verdad? Los gatos tienen siete vidas, ¿lo sabes, verdad? Esta solo ha sido tu primera vida. Te quedan seis en las que serás incluso más feliz, en las que tendrás dueños que te quieran mucho y te cuiden todos los días. Esto solo es el principio, Adrián, ¿me entiendes? Aún queda mucho para que te mueras. Esta solo ha sido una de tus vidas. Aún te quedan otras seis.

«Ya he vivido mis siete vidas. Algunas han sido mejores, otras han sido peores. Pero me voy de mi última vida contento y feliz, gracias a que has cuidado tanto de mí. Me alegro de haber vivido vidas tan variadas y diferentes. Sí, a veces pasé hambre y frío. Pero lo pasé».

Eso es lo que habría dicho el gato viejo si hubiera podido. De repente, le vinieron siluetas de Adrián, del pueblo pobre, de la ciudad, de su Julieta, del pueblo rico, del centro de adopción de animales y de Amelia. Y, antes de que se diera cuenta, volvía a ser

aquel gatito negro que había sido en el principio. Se despidió con la patita de todo aquello. Y una vez más volvió a andar. Aunque, más que andar hacia delante, andaba hacia arriba. Pasó por encima del balcón de las estrellas, pasó por encima de las estrellas fugaces y fue incluso más lejos que ellas, cuando dio su último suspiro y se despidió de sus siete vidas.